

Fruitondoan 2026

“El valor del dinero”

del libro “Puerca tierra” de John Berger



Aurkezpena - Presentación

John Berger 1926ko azaroaren 5ean jaio zen Londresen. Margolaria, arte kritikaria eta idazlea, 1970eko hamarkadan ospe handia lortu zuen BBCren Modos de ver programari esker. Ezaguna da, halaber, gizarte-borroka jakin batzuekiko izan zuen konpromisoa eta gizarte kapitalisten kritika marxistari atxikitzea. Hala ere, artearen eta kulturaren munduan, batzuetan ahaztu egiten da Frantziako Goi Saboiako herri txiki batean bertatik bertara ezagutu zuen landa-errealitateari buruz ere idatzi zuela, bertan eman baitzuen bere bizitzaren zati handi bat.

1979an John Bergerrek Puerca tierra argitaratu zuen, "De sus fatigas" trilogiaren lehen liburukia. Bertan, hainbeste jende bere herriak uztera eta garai hartan azkar hazten ari ziren hirien periferietara mugitzera eramán zuen landa-exodoaz Hitz egiten du. Liburu hau ipuin eta olerki sorta batek osatzen du, nekazarien mundu zaharreko azken arrastoak modernizazio industrialaren inertzia geldiezinak ekortzen dituen unera garamatzatenak.

John Bergerren 100. urteurrenaren baitan, azaroaren 19an Aieteko Katxola baserrian izango gara 18:00etan, sagar, ardi, traktore eta alambikeen istorio honen irakurketak piztu dizkigun hausnarketak partekatzeko.

John Berger nació el 5 de noviembre de 1926 en Londres. Pintor, crítico de arte y escritor, en la década de 1970 adquirió un gran reconocimiento gracias al programa de la BBC Modos de ver. Es bien conocido también su compromiso con determinadas luchas sociales y su adscripción a la crítica marxista de las sociedades capitalistas. Sin embargo, en el mundo del arte y de la cultura a veces tiende a olvidarse que también escribió sobre la realidad rural que conoció de primera mano en el pequeño pueblo de la Alta Saboya francesa donde pasó buena parte de su vida.

En 1979 John Berger publicó Puerca tierra, el primer volumen de la trilogía "De sus fatigas", en la que se da cuenta del éxodo rural que llevó a tanta gente a dejar sus pueblos y a desplazarse a las periferias de unas ciudades que por aquel entonces crecían aceleradamente. Este primer libro está compuesto por una serie de cuentos y poemas que nos trasladan al momento en que los últimos rastros del viejo mundo campesino son barridos por la irrefrenable inercia de la modernización industrial.

En el marco del 100 aniversario de John Berger, el 19 de noviembre nos encontraremos en el caserío Katxola de Aiete a las 18:00 para compartir las reflexiones que nos haya suscitado la lectura de esta historia de manzanas, ovejas, tractores y alambiques...

El valor del dinero

Tenía la cara delgada y el cuerpo recio. A los sesenta y tres años aún conservaba el pelo negro. Cuando montaba a Gui-Gui, el caballo de tiro, se percibía un claro parecido entre ellos: ambos tenían la solidez de un puño cerrado, pero sin codicia. Se sentaba firme casi junto a la collera de los arreos, y el caballo, con sus patas cortas y robustas, se enfrentaba a las empinadas pendientes.

Era el único hombre del pueblo que plantaba manzanos nuevos. Después de prensar la sidra, tomaba una brazada de orujo y lo enterraba con todo cuidado en una esquina del huerto. Al año siguiente habían salido varios plantones. Los separaba, los cubría con pajote, y al cabo de tres años eran lo suficientemente grandes y resistentes para plantarlos en el huerto. Pasado algún tiempo los injertaba.

Los otros hombres argumentaban que los árboles viejos, algunos de los cuales tenían quizá cien años, durarían hasta que ellos murieran y que luego los huertos quedarían abandonados.

Cuando yo me haya ido al otro mundo, nadie va a trabajar mis campos, decía uno de ellos.

¡Estaremos todos en el camposanto!, gritó otro, proclamando con el volumen mismo de su voz que todavía no estaban allí.

Marcel, sin embargo, era un filósofo. Por las noches intentaba explicarse a sí mismo lo que había sucedido durante el día para luego actuar en consonancia.

Así explicaba por qué seguía plantando manzanos.

Mis hijos no trabajarán la tierra. Quieren tener los fines de semana libres y vacaciones y un horario fijo. Les gusta tener dinero en el bolsillo para poder gastarlo. Se han ido a ganar dinero; les vuelve locos. Michel se ha ido a trabajar a una fábrica. Edouard trabaja en el comercio. (Utiliza el término comercio porque no quería ser duro con su hijo pequeño.) Creo que están equivocados. Pasarse el día vendiendo cosas, o trabajar cuarenta y cinco horas a la semana en una fábrica no es vida para un hombre: este tipo de oficios solo llevan a la ignorancia. No es probable que trabajen nunca en el campo. La granja terminará cuando faltemos Nicole y yo. ¿Para qué, pues, trabajar con tanto esfuerzo y tanto empeño en algo que está condenado? Y a eso yo contesto: este trabajo es una manera de preservar el saber que mis hijos están perdiendo. Cavo los hoyos, espero a la luna nueva para plantar los arbolitos porque quiero dar ejemplo a mis hijos, si es que están interesados en seguirlo, y, si no lo están, para demostrar a mi padre y al padre de mi padre que el conocimiento que ellos transmitieron todavía no ha sido abandonado. Sin ese saber no soy nada.

Nadie hubiera supuesto nunca que Marcel iría a la cárcel. A menudo cuando el destino de un hombre cambia súbitamente como resultado de sus propias acciones, es difícil saber en dónde empezó de verdad la historia. Retrocederé tan solo hasta la primavera anterior.

Marcel estaba transportando a los campos el estiércol acumulado durante el

invierno; lo distribuía en pequeños montones dejando unos dos metros de separación entre ellos. Luego con la horca lo esparcía por igual sobre la hierba y la tierra. Transportaba el abono en un carretón tirado por Gui-Gui. La similitud de constitución entre hombre y caballo resultaba útil. Cuando el carro estaba hasta los topes con una carga de cuatrocientos kilos, el caballo, que todavía era joven, empezaba a tirar lo más deprisa que podía a fin de coger impulso para la subida. Marcel, con la brida en la mano, corría a su lado, y las patas delanteras del caballo y las piernas del hombre iban perfectamente acompasadas. Un rápido compás. De vez en cuando tenían que detenerse para recuperar el aliento, y volvían a correr. Mientras trabajaban juntos, Marcel hablaba al caballo, utilizando un lenguaje de sonidos muy abreviados para no perder el resuello. Estos sonidos se derivaron en algún momento de ciertas órdenes breves dadas al animal o de ciertos juramentos; ahora habían perdido su significado, y eran solo una forma de acompañar el movimiento de sus piernas. A veces hacía estos sonidos en su celda de la cárcel de B...

Desde el gallinero, Nicole vio bajar por la carretera un tractor desconocido. Se detuvo para ver en dónde torcía. En el centro de la carretera, por donde no pisaban las ruedas, había empezado a salir la hierba nueva. Y en las cunetas había matas de violetas.

¡Jesús! ¿Qué dirá Marcel?, se preguntó Nicole al ver que el tractor se acercaba a la casa.

Saludó a su hijo Edouard, que iba al volante. Edouard pasó por delante de lo que quedaba de la pila de estiércol y giró para entrar en el patio. Allí se bajó y dejó el motor en marcha. El tractor era azul.

Lo he comprado barato, le gritó a su madre. Tiene doce años.

Nicole sonrió para animarlo. Se olvidaba de sus inquietudes en cuanto habían pasado, y era reacia a prever las que se aproximaban.

Se opondrá a él solo porque no sabe conducirlo, dijo Edouard.

El padre condujo el caballo y el carro vacío dentro del patio. Al ver el tractor se paró y se cruzó de brazos.

¿Qué es esto?, preguntó como si nunca hubiera visto un tractor.

¡Lo he comprado yo!, gritó Edouard alzando la voz sobre el ruido del motor. El hijo estaba parado ante el tractor con el codo apoyado en el elevado capó, como si fuera el hombro de una muchacha, y el pie subido a una de las pequeñas ruedas delanteras. Estaba vestido con las ropas que llevaba para ir al mercado: una camisa rosa, unos vaqueros y unas botas del ejército.

El padre no se aproximó, y a esa distancia con el ruido del motor no se podía oír nada.

¿Para qué lo has comprado?

¡Mil novecientos sesenta y tres!, vociferó Edouard. Doce años.

Hace solo cuatro meses que compré el nuevo caballo. Marcel parecía no darse cuenta de que nadie podía oírle. Cuando vinieron a buscar el anterior para

sacrificarlo, yo entré en la cocina, alcé los arreos con los que ese caballo había trabajado durante quince años, y te dije: ¿Sabes lo que quiere decir esto? Y tú contestaste: ¡Un tractor! Eso es lo que significa. Y yo dije: No. Quiere decir que Gui-Gui se ha ido para siempre. ¡Por el nombre de Dios! ¿Qué tiene que ver un tractor?

¡Puede arrastrar veinte toneladas!

El motor titubeó y se paró.

¿Qué dices?, preguntó Edouard.

Digo que no sirve para nosotros, respondió Marcel, quitando la brida al segundo Gui-Gui y llevándolo al establo.

Por la noche, a Marcel solía entrarle enseguida el sueño. Se le caían los párpados sobre los ojos color pizarra, y le sobresalía el labio inferior. Era entonces cuando aparentaba la edad que tenía.

Has sido un desagradecido, le dijo Nicole. Lo había comprado con sus ahorros.

Lo compró porque no puede parar de comprar cosas, contestó Marcel bostezando.

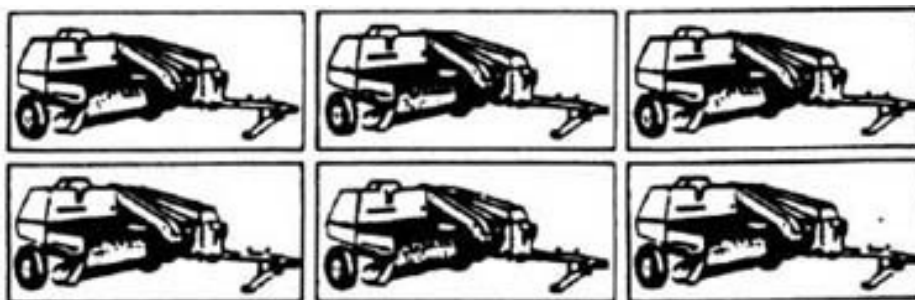
Ella le dio un codazo brusco, aunque sin enfado, y le alcanzó un folleto. Me dio esto para que te lo enseñara.

Él fue pasando las páginas con todo cuidado, como si esta fuera la última tarea del día. Tenía el dorso de las manos muy suave; podrían ser las manos de un panadero.

Las palmas estaban encallecidas y tenían el color de la madera del carro.



Son bien hermosos. ¿Cómo no habían de serlo?, dijo él. La humanidad ha soñado con máquinas como estas durante siglos. Nadie creería que mi madre subía la tierra a los bancales transportándola con una carretilla durante diez días seguidos. Con un tractor le habría llevado menos de una tarde.



¡Si tuviéramos esta máquina, podríamos recoger el heno en ocho días!

LIBERATOR
avec encore plus de confort

Lo prometen todo. Mira sus colores: amarillo, azul, rojo, verde brillante. ¡Te prometen el mundo entero!

Fue hacia la puerta. ¡Falsas promesas! Gritó estas dos últimas palabras muy alto.

Unos minutos después volvió abotonándose la bragueta.

¿Sabes para qué sirven estas máquinas?

Aran, voltean el heno, extienden el abono, ordeñan... depende de cuál, respondió Nicole.

Hay una faena que hacen todas ellas.

Él la miró a los ojos con la mayor seriedad. Pese a toda su experiencia, los ojos de Nicole eran inocentes. Habían visto enfermedades, habían visto granjas enteras devoradas por el fuego, habían visto cómo la gente se mataba trabajando, habían visto mujeres agonizar al dar a luz, pero nunca habían visto a unos hombres estudiar atentamente un mapa y dibujar un plano.

Su tarea es acabar con todos nosotros.

Todo lo que hizo Edouard fue ahorrar suficiente dinero para comprar un tractor de segunda mano, dijo Nicole.

Marcel se quitó la boina y la chaqueta de cuero y empezó a desabotonarse la camisa. Ella lo miró impávida.

No puedes esperar que las cosas sean siempre las mismas, Marcel.

Hay solo dos máquinas que merece la pena tener aquí...

Nicole le interrumpió.

¿Sabes lo que pienso?

Ella iba deshaciéndose el moño. Al quitar la última horquilla el cabello cayó hasta la cintura.

Creo que el tractor te pone furioso porque no sabes conducir.

Si quisiera, podría aprender, respondió Marcel.

Esto la hizo reír. La carne de sus brazos, inmensos tras cuarenta años de ordeñar, se movía como si bailara al son de su risa.

¿Por qué no?, preguntó él.

¡Oh, la, la!, suspiró ella entre carcajadas. ¿Qué es lo que me cayó en suerte?

En la cárcel de B..., Marcel encontró la respuesta para esta pregunta: se había casado con un bandido sin saberlo.

Al día siguiente de que Edouard comprara el tractor, Marcel continuó carreteando el estiércol. Los brotes de los manzanos empezaban a abrirse; las hojitas eran tan jóvenes, que apenas tenían color y, como toda la piel recién nacida, estaban arrugadas por los dobleces. Marcel se sentía viejo; el invierno le había entumecido las articulaciones. Una vez tras otra tenía que levantar hasta el carro la horca cargada de estiércol. Le dolía la espalda tras haber llenado tres carros y haber subido otras tantas veces a paso ligero guiando al caballo hasta el bancal más elevado, a unos ciento cincuenta metros de la casa; y cada vez que alzaba la horca, dos punzadas se le clavaban en el vientre causándole un intenso dolor en los genitales. Ese día, algunos de los sonidos que dirigía a Gui-Gui no eran sino una queja de su propio cuerpo.

El día anterior había subido doce carretadas. Tenía el codo derecho lastimado; sangraba un poco en el punto en donde, al correr parejo al caballo, su brazo rozaba con uno de los ganchos del arnés. De cada carretada se hacían cuatro montones; tres tenían que ser descargados con el azadón, y el cuarto sencillamente volcando el carro.

Se quedó mirando la granja a sus pies, el valle, el pueblo, el cementerio, la carretera que llevaba hasta él. Mientras estaba allí de pie no movió ni una parte de su cuerpo, de forma que todas descansaran. Sabía exactamente dónde reposaría su cuerpo en el cementerio. Mirando al cementerio, se explicó a sí mismo el significado de las máquinas.

En la llanura, los pobres no tenían más remedio que trabajar para los ricos. Por sí mismos los pobres, trabajando solo por dinero, carecían de la energía y del coraje para producir suficiente riqueza. Y aquí es donde entraron las máquinas, hace ya tiempo. Las máquinas hacen productivo el trabajo mecánico, y la riqueza que crean va a parar a los dueños de las máquinas. En las llanuras, no tendría esta maldita hernia, porque una máquina cargaría el estiércol en otra que lo transportaría y lo esparciría.



Cuando estaba volviendo a cargar el carro en el patio, se detuvo y enderezó la espalda. Veía desde allí los montones de estiércol dispuestos a intervalos geométricamente regulares formando tres líneas rectas en el último bancal, junto al bosque. A esa distancia apenas parecían más grandes que las cuentas de un rosario. Setenta y dos avemarías.

En las llanuras se acabarán los campesinos.

Por la tarde se había subido sus trece carretadas.

Tenían cuatro hijos, Michel, el mayor de los varones, y las dos hijas, Marie-Rose y Danièle, estaban casados. Edouard, que todavía vivía en la casa, era el más joven de los cuatro. Al terminar en la escuela local, Edouard había ido a un instituto de Formación Profesional en A..., en donde sacó el certificado de mecánico de automóviles. Al no encontrar trabajo en los talleres de la zona, se puso a trabajar en una fábrica. Cuando llevaba allí algunos meses, se hizo amigo de unos forasteros y dejó la fábrica para empezar a trabajar con ellos en los mercados locales. Desde muy joven, Edouard se echó fama de vago. Él mismo decía: No me importa trabajar tanto como cualquiera, pero no voy a ser tan tonto de trabajar por nada.

Tal vez la atracción que ejercían aquellos forasteros sobre Edouard estaba basada en que ellos se enorgullecían de que nunca los tomaran por tontos.

Primero vendió galletas y dulces; luego, espejos y bandejas decoradas. Una vez trajo una a casa para su madre. Tenía un venado pintado. A su padre le entusiasmó. ¡Míralo!, decía contemplándolo pensativamente, ¡en el bosque! ¡Es demasiado bonita para usarla como bandeja!

El tractor era un asunto diferente. Su padre se negó a reconocer su existencia. Pasaron dos meses.

Un día de junio, cuando toda la familia vino a ayudar en la siega del heno, los cuatro hijos acordaron entre ellos ignorar la oposición de su padre.

¡Es un testarudo!, dijo Danièle. Si tenemos un tractor, ¿por qué no utilizarlo?

Cuando Marcel volvió la espalda, ataron el caballo a la sombra de un manzano, soltaron las varas y engancharon el carro del heno al tractor azul. Todos esperaban

que el viejo protestara y ordenara volver a poner el caballo en su lugar. Iban a negarse. Para su sorpresa, Marcel no dijo nada. Como siempre, ocupó su lugar encima del carro para acomodar la carga. Primero estaba de pie, y al final, cuando el heno levantaba más de tres metros, de rodillas. Alrededor del carro, en la ladera, las mujeres rastrillaban. Los hombres alzaban las horcas hasta él. Y él indicaba en dónde habían de descargarlas, plegaba las ringleras sobre sí mismas, formaba las esquinas y las encajaba en el centro. Construía como un colchonero celestial, al parecer, indiferente o despreocupado de cómo iba ser arrastrado el carro sobre la tierra.

En el pajar, el calor y el aroma del heno recién segado se parecían ya al aliento de un animal. Marcel subió por una de las escalerillas de mano para recoger una horca que había quedado olvidada arriba. El último heno todavía no había acabado de posarse. Y las briznas flotaban lentamente en la penumbra bajo las vigas del tejado. Algunas de las planchas de las paredes estaban agujereadas en los lugares en donde antaño habían estado los nudos de la madera. Por estos agujeros entraban rayos de sol, estrechos como ramas. Cuando una brizna pasaba por ellos, se iluminaba y por un instante se encendía como una bengala.

Subido al heno volvió a explicarse a sí mismo el significado de las máquinas. Se aseguran de que sabemos que existen. Desde ese momento si no tienes una, el trabajo se hace más duro. El no tener una máquina hace al padre anticuado a los ojos del hijo, al marido ruin para su esposa; hace que un vecino parezca pobre ante el otro. Después de que ha vivido durante algún tiempo conociendo su existencia, pero sin tenerlo, le ofrecen un préstamo para comprar un tractor. Una buena vaca da 2.500 litros de leche al año. Diez vacas producen 25.000 litros. El dinero que gana por toda esa leche durante un año entero es lo que cuesta un tractor. Por eso necesita un préstamo. Cuando se ha comprado el tractor le dicen: Ahora para sacarle el máximo de rendimiento tienes que comprar las máquinas que lo acompañan; nosotros te prestamos el dinero, y tú nos lo devuelves mensualmente. ¡Sin esas máquinas no aprovecharás todas las ventajas que te ofrece el tractor! Y entonces vas y compras una, y luego otra y otra, y así te vas endeudando más. Y acabas teniendo que venderlo todo. ¡Y eso es lo que habían planeado en París desde el principio! (pronunció el nombre de la capital con desprecio y admiración, en este orden). Por todo el mundo hay gente muriéndose de hambre, y, sin embargo, un campesino sin tractor no es digno de la agricultura de este país.

En julio, Marquise, una de las novillas, le empujó por la espalda, como si él fuera una vaca, y la novilla un toro. Marquise todavía no era un animal adulto. Sus ubres no eran más largas que los dedos de un guante de mujer. Marcel cayó hacia delante, de rodillas. La pierna no dejó de dolerle durante una semana, y después de aplazarlo varias veces decidió ir a A... a ver al ensalmador.

Era día de mercado, y el autobús iba abarrotado. Marcel calculó que hacía unos ocho años que no cogía un autobús. Tras media hora de trayecto, ya no sabía el nombre de ninguna de las granjas y caseríos que atravesaban.

El ensalmador tomó la rodilla de Marcel entre sus frías manos. La pierna era muy blanca y sin un ápice de grasa. Seguidamente, la hizo girar y le aplicó un ungüento. Marcel le pagó los tres mil francos que constituían los honorarios y añadió un tarro de miel. El curandero no quería cogerlo.

La miel es de nuestras colmenas, dijo Marcel.

Hasta la tarde no tenía autobús de regreso, así que fue a dar una vuelta por el mercado. Los tomates en los puestos iban más adelantados que los de Nicole. Dejando atrás las frutas y las verduras, fue caminando sin prisa entre las alfombras colgadas para la venta. Al ver estas y el grueso montón de las que estaban apiladas le entró sed. En un café se bebió dos vasos de vino blanco frío. Cuando salió, vio un círculo de personas, mujeres en su mayoría, que miraban a alguien que quedaba oculto en el centro. Las de la última fila estaban de puntillas. Oía la voz de un hombre que hablaba en el centro del círculo; era como una voz de la radio cuando el volumen está muy alto. Distraídamente, Marcel miraba a cada una de las mujeres tratando de decidir cuál le gustaba más. Tenía las caderas anchas y llevaba un vestido estampado con unas flores que parecían peonías; cogía de la mano a un niño pequeño. La voz del invisible orador continuaba:

Señoras, ¿tengo pinta de timador acaso? ¿He oído bien? Me pareció que alguna de ustedes decía que sí. ¡Ah, bueno! Ya sé que todas las mujeres son un poco desconfiadas. ¡Si yo tuviera que tratar con los hombres, como ustedes, también sería un desconfiado!

De repente Marcel reconoció la voz. El hombre que estaba en el centro era su hijo. Se acercó con cautela. Quería ver sin ser visto. Edouard se había puesto un delantal sobre el torso desnudo. Tenía los hombros y la espalda morenos después de la siega. Delante de él había una mesita plegable con frascos y latas. Cogió un frasco y vertió algo que parecía tinta roja por el delantal blanco. La mancha tenía la forma de un conejo colgado de las patas traseras, salvo que una de las manos era más corta que la otra. A Marcel le temblaban las piernas. Su hijo tomó otra botellita y vertió un líquido verde que corrió como un arroyuelo por el mandil y atravesó el conejo. La voz no paraba nunca.

Si tienen niños, siempre se están echando cosas encima; si tienen marido —no, señora, no estoy casado— empezará a hurgar en el motor del coche sin cambiarse la camisa, justo antes de salir, y encima cuando él le diga que se dé prisa, usted se pondrá nerviosa y dejará caer el esmalte de las uñas sobre el vestido nuevo...

Con dos dedos, Edouard, su hijo, pintó una raya horizontal de esmalte plateado en el delantal, sobre el conejo, a la altura del estómago. Marcel lamentó haberse bebido los dos vasos de vino blanco, porque ahora, con todo aquel gentío y el calor, no podía impedir que le temblaran las piernas.

Cojo un cepillo, agua y jabón...

Edouard se restregó el estómago. Le brillaba la cara con el sudor, y cuando hacía una pausa entre una palabra y la siguiente, no dejaba de sonreír con la boca abierta.

El jabón normal, como ven, no quita las manchas...

Al final de sus brazos largos y morenos, los dedos estaban tintados de rojo, verde, plateado. Las mujeres de la primera fila observaban atentamente sus hombros, y no los garabatos del delantal.

Ahora voy a frotar con este otro jabón, único en el mercado, que quita las manchas de grasa, tinta, café, vino, salsas, que lo quita todo menos la pintura seca, y ya se sabe que nada puede con la pintura seca; es como un pecado...

La madre de Marcel, la abuela de Edouard, solía decir cuando estaba lavando en el patio: el agua lo lava todo menos los pecados.

Ahora tomo una pastilla de mi detergente y la paso suavemente. De arriba abajo...

Edouard extendió los brazos como un Cristo, y el delantal que tenía atado al cuello estaba totalmente blanco.

¡Jesús!, dijo Marcel en voz alta.

No pido veinte francos, ni siquiera pido quince. Lo doy por diez. Pero como esa joven tan guapa del vestido de flores me ha ablandado el corazón, sí, señora, usted, ¡LO VENDO A SOLO OCHO FRANCOS LA PASTILLA, DOS POR QUINCE, TRES POR VEINTE!

Pasaron varios días antes de que Marcel se enfrentara a su hijo.

El otro día te vi en A..., dijo Marcel.

Ya me dijeron que estuviste por allí.

Estabas vendiendo jabón.

Ya lo he dejado. Solo era un sustituto.

Los dos hombres estaban de pie, en la cocina; Marcel en la parte que tenía el suelo de madera; Edouard en el otro extremo, junto al fregadero, en donde era de linóleo. Los dos tenían la mirada baja. Marcel levantó la cabeza.

Estabas robando a la gente. Era una acusación autoritaria.

Quitaba muchas manchas, respondió Edouard con una sonrisa.

¡Tonterías! ¿Por qué no trabajas en tu oficio?

Me gusta la vida al aire libre, supongo. Se detuvo y luego gritó con todas sus fuerzas: Debo de haberlo heredado de ti. ¡Tú no aguantarías ni un día en una fábrica!

El padre movió las piernas, separándolas como si esperara que saltaran sobre él.

¡Lo que hacías en el mercado era timar!

No; era vender.

¡Estabas timando!

¡Estaba vendiendo!

En octubre Marcel y Nicole levantaron las últimas patatas. Hacia los primeros días de noviembre, las pequeñas manzanas ya estaban coloradas. Marcel trepó a los árboles para sacudirlos; las vacas todavía pacían junto al huerto. Abajo, en la hierba segada, Nicole esperaba, y las manzanas iban cayendo sobre la sábana que había extendido. Todas las tardes, Marcel bajaba con el caballo y el carro y subía a la casa

diez sacos más de manzanas. En total salieron sesenta sacos: cincuenta de manzanas y diez de peras.

Cuando las tardes se fueron haciendo más cortas, Marcel empezó a prensar la sidra. Todo el patio olía a manzanas. Lo atravesaba una y otra vez llevando los cubos llenos con el zumo de la fruta, que iba vertiendo en los toneles que estaban en la bodega, y con los sacos de orujo al hombro para vaciarlos en la cubeta. Esta era tan alta como él y tenía su buen metro y medio de ancho.

Un día, cuando la nieve ya no andaba lejos, Edouard entró en el lagar. Marcel sacó un vaso de zumo de manzana y se lo alargó a su hijo, que movió negativamente la cabeza.

Me da diarrea.

Puedes desmontar la prensa.

Edouard se quitó el abrigo con cinturón que llevaba puesto y lo colgó de un clavo.

Pues ¿sabes que podrías vender esta prensa como una antigüedad?, dijo Edouard.

¡Una prensa de madera que tiene grabado el año 1802!

Es de roble.

Hay un marchante en A... que daría medio millón por ella.

¿Y para qué la quiere él?

La vendería a un hotel o un banco.

¿Cómo?

Sí, para decorar.

El mundo se ha apartado de la tierra, dijo el padre.

¿Y qué había en la tierra?, preguntó el hijo irritado. ¡La mitad de los hombres de aquí tuvieron que emigrar porque no tenían qué comer! ¡La mitad de los niños morían antes de llegar a adultos! ¿Por qué no lo admities de una vez?

La vida siempre ha sido una lucha. ¿Crees que alguna vez puede ser diferente?

¡Erais pobres como ratas!

Marcel corrió los cerrojos sin decir una palabra más, y los laterales de la prensa se abrieron. Tenían varillas, como los corsés. Edouard levantó el mazacote de orujo, que era tan grande como una rueda de carro, lo apoyó en un banco junto a la ventana y empezó a hacerlo pedazos con un hacha. Tenía la consistencia del salvado húmedo y olía a todo lo que había sucedido en el huerto desde la primavera.

Sería más rápido si lo moliéramos, dijo Edouard.

Sería más rápido, pero también peor.

¿Por qué no usas el molidor ya que lo tienes?, insistió Edouard.

La *gnôle* sale mejor haciéndola a mano.

¿Por qué?

Marcel se encogió de hombros. Es su naturaleza. No sé por qué.

Edouard dio varios tajos violentos en lo que quedaba de la rueda.

Mi padre es un maniático, dijo entre dientes. ¡Un maniático!

Cuando la cubeta estuvo llena, Marcel cubrió el orujo. La primera capa de la

cubierta era de papel de periódico. El periódico que llegaba regularmente a la casa todas las semanas era local, lleno de noticias sobre los ayuntamientos de la comarca, los discursos de los alcaldes, las muertes, los precios del mercado, las bodas y los nuevos decretos del Ministerio de Agricultura. Sobre estas noticias extendió hojas de nogal. Y sobre las hojas echó tierra. Cada día, a medida que el orujo fermentaba e iba reduciéndose, Marcel apretaba un poco más la cubierta.

Esta cubeta le producía un inmenso placer, como el heno almacenado en el pajar o los chorizos ahumados, producto de la matanza, que colgaban del techo encima de su cama de matrimonio. Eran logros que le hacían sentir que, cuando la nieve lo borrara todo sobre la tierra, la granja estaría preparada para el invierno. Llegó el invierno.

Todas y cada una de las agujas de los pinos se cubrieron de escarcha. Allí estaba el zorro, sorprendido, como si en esta estación no esperara tener que esconderse.

¡Dios mío, se está dando cuenta de que no tengo la escopeta conmigo!, susurró Marcel.

No tenía manera de matar al zorro, y el zorro lo sabía. Era el mismo que había bajado antes de segar el heno, cuando la hierba estaba lo bastante alta para que pudiera ocultarse, y se había llevado nueve de los pollos de Nicole. Ahora estaba delgado, con el pelo más gris que marrón. Ni el hombre ni el animal se movieron. Ambos oyeron cantar un gallo en alguna granja distante.

¿Por qué está moviendo la cabeza así? ¡Jesús María! ¡Es astuto, astuto, más astuto que todos los demás juntos!

El zorro, seguro de sus derechos, se alejó sin prisa ladera arriba entre las matas de enebro y desapareció bajo las rocas y los pinos.

Y allí me quedé yo, explicaba Marcel, y me dije: mañana llevaré el orujo. Fue el zorro lo que me decidió.

Rompió el sello, y el calor del primer aroma del orujo inundó el aire frío. Lo metió a paletadas en los sacos y cargó estos en el carro. Al bajar iba sentado sobre los sacos. Cuando llegó a la altura del cementerio se apeó porque la carretera se empinaba.

Empezó a nevar, y Marcel echó una maldición. Al mirar hacia el cielo, vio a lo lejos encendidas las dos bombillas que colgaban del tejado de zinc del alambique. Cuando llegó, pese al frío, Mathieu, el aguardentero, se estaba limpiando el sudor que le caía por la frente. Junto a la máquina, envuelto en vapor, había un montón de residuos del color de la bilis, y la nieve al caer sobre ellos iba haciendo cada vez más pálido su amarillo.

¿Cómo está la *patronne*?, preguntó Mathieu a Marcel. ¡La que fue la novia más guapa de su año, la madre más guapa luego y todavía hoy es la más guapa de las abuelas! El aguardentero hizo una reverencia.

Cuando Mathieu iba de pueblo en pueblo con el alambique era un hombre expansivo y cordial. El ritmo del trabajo y el estafar al estado uno de sus impuestos le

inspiraban. El resto del año trabajaba en una fábrica de muebles y se volvía taciturno y dubitativo.

¡Madera de haya, buen buey y mujer hermosa, quien los tenga, que los cuide!, dijo Marcel.

Su voz sonaba ronca con el frío; y los copos de nieve posados sobre sus cejas no se habían derretido. Sonriendo todavía con orgullo, dio la mano a los cinco o seis hombres que aguardaban junto al alambique.

El alambique consiste en una caldera, tres vasijas y un condensador, montado todo ello sobre un viejo chasis. Las vasijas están aisladas con planchas de madera. Los tubos de cobre que llevan el vapor desde la caldera a las vasijas y desde estas al condensador tienen el grosor de los cuernos de los toros. Y como aquellos también son curvos. En la parte inferior del condensador hay otro tubo y bajo él, un recipiente pequeño al que va cayendo el aguardiente. Que el producto de este toro gigantesco, estremecedor, con cuernos de cobre, haya de salir gota a gota por un conducto no más grande que el pico abierto de un pajarillo es un signo de su secreto. Su secreto es transformar el trabajo en espíritu.

Lo que se vuelca en las vasijas es trabajo; lo que sale por el pico es imaginación.

Mathieu puso una cara trágica, agitó los brazos y chilló:

¡Apagad!

Uno de sus ayudantes apagó la caldera; y el otro se subió a soltar los tornillos de las abrazaderas que sujetan las tapas de las vasijas. Una bocanada de vapor ardiente salió silbando por entre las rendijas abiertas, y enseguida se hizo espeso y blanco como el humo. Del tejadillo de zinc colgaba una lona alquitranada que llegaba hasta el suelo y protegía de las inclemencias a los hombres que esperaban su turno junto al alambique. El vapor acumulado entre la lona y la máquina impedía ahora a los hombres distinguir sus propios brazos.

¡Han venido!, dijo uno de ellos, invisible.

¡Dios mío! ¿Quién?

¡Los inspectores!

Envueltos en aquella nube blanca todos rieron la broma, pues los inspectores habían pasado tan solo dos días antes.

Cuando el vapor se dispersó vieron a Mathieu alzando con el mango de su martillo una ristra de brillantes morcillas.

¡Pasadme un plato!, gritó.

Émile, que había nacido en 1897, se adelantó con un plato, mientras se desataba, como preparándose para comer, las orejeras de piel del pasamontañas.

Morcillas del color de las cerezas negras, cocidas en aguardiente, que reaniman el corazón con su calor, despiertan los instintos porque están especiadas, reconfortan porque saben a humo de leña, dan fuerzas porque son de carne y hacen soñar porque están impregnadas en alcohol. Abrigados entre la lona y la máquina, los hombres comieron. Los cuellos de los abrigo les rozaban las mejillas, y el jugo les corría por

las comisuras de la boca. Gruñían de placer.

¡Amén!, dijo Émile.

De madrugada le llegó el turno, y Marcel empezó a vaciar los sacos de orujo en las vasijas. Tenía doce sacos; lo bastante para llenarlas dos veces. De nuevo, aquel toromáquina empezó su trabajo de transformación.

Ya había rellenado tres damajuanas con *gnôle* cuando una anciana abrió de par en par una ventana en la casa más próxima, y empezó a dar voces y a mover los brazos.

Es Marie, murmuró Émile; nunca me deja quedarme.

De mala gana, Émile se apartó del alambique y, apoyando el bastón en la nieve, se dirigió a su casa. No acababa de entrar, cuando volvió a salir agitando el bastón en el aire.

Los hombres le respondieron con señas y, riendo, continuaron escuchando los sonidos que salían del toro de cobre. Enseguida volverían a decir *Amén*.

¡Mathieu! ¡Mathieu!, gritó Émile. Solo cuando llegó hasta ellos, se dieron cuenta de lo que el viejo estaba tratando de comunicarles.

¡Que vienen los inspectores!, jadeó.

¿Cómo lo sabes?

El panadero ha llamado por teléfono. Dice que pasaron por allí hace media hora. La línea estaba cortada. Ahora por fin ha conseguido hablar.

Todo el mundo se volvió hacia Marcel.

¿Cuántos litros tengo? ¿Cien?, preguntó.

Lo siento, pero algo así es.

¡Lo siento! Mis manzanos nunca habían dado tanto fruto como este año. ¡Trescientos litros de sidra! Es el mejor año que recuerdo. El pasado hubo tan pocas manzanas, que no mereció la pena prensarlas. ¡Y a ti solo se te ocurre decir que lo sientes!

¡No te pongas así, Marcel! No hay manera de arreglar los papeles cuando el orujo ya está en las vasijas.

Esos cabrones vienen con nevada o sin ella, susurró Émile.

No ocultaremos nada, dijo Marcel con tono autoritario.

Mathieu lo miró apiadándose de él.

Pasaron antes de ayer, dijo el ayudante más joven.

Un coche se detuvo en el puente.

¡Ya están aquí esos hijos de la gran p...!

Se bajaron dos hombres vestidos con abrigo de ciudad, unas impolutas botas de agua color verde y tocados con unas boinas escocesas con pompones de lana.

¡Buenos días!

El inspector jefe sabía por experiencia que de nada valía intentar dar la mano. El más joven extendió la suya y nadie se la cogió.

Caballeros, estalló Émile, ¿qué es lo que han cargado siempre con impuestos? Ponen impuestos a todo lo que pueda agradar a los pobres. La sal, el tabaco, el

aguardiente; los pobres no tienen derecho a los placeres. ¡Si lo tuvieran, los ricos se desanimarían!

El inspector jefe ignoró deliberadamente al anciano. Supongo que no esperaba que volviéramos tan pronto, dijo dirigiéndose a Mathieu.

Había treinta alambiques en la comarca, y si los dos inspectores hacían la ronda de forma regular, se podía contar con un mes entre una visita y la siguiente.

Ha sido ese problemilla de la válvula de seguridad lo que nos ha traído por aquí tan pronto.

El inspector jefe hablaba como si estuviera explicando algo a un niño; luego, quitándose los guantes, examinó la espita del serpentín, lo tocó y se olió las yemas de los dedos.

¡Mierda!, murmuró Émile.

Los inspectores parecían actores de un teatro siniestro; siniestro porque todo lo que hacían se dirigía a una autoridad que no estaba presente.

Ya han sacado algo hoy, dijo el inspector cruzándose de brazos.

Lo que hemos sacado, dijo Marcel señalando con la cabeza a las damajuanas, está ahí.

¿Son tuyas?

Sí, son mías.

¿Y los impresos?

Los impresos son tuyos.

¿Los ha rellenado?

¿Cómo iba a hacerlo? Todavía no sé cuántos litros me van a salir del orujo que tengo.

¿Son tuyas las tres vasijas?

Sí, son mías.

Va a salir un poco más de los veinte litros que permite la ley, ¿no es verdad? El inspector jefe sonrió a la autoridad ausente.

Mathieu hacía que examinaba los diales de la caldera.

Ha sido un buen año para las manzanas, dijo el inspector joven intentando ser amable.

El jefe se sacó una pluma del bolsillo.

¿Sabe lo que significa esto? Marcel dijo estas palabras como dirigiéndose a la nieve. El aguardiente caía por el pico del condensador en el cubo de cobre que acababa de vaciar.

¡Significa que voy a tener que pagar, pagar dinero, por mi propio producto!

Habló con la calma y la solemnidad del predicador que recita una plegaria ante una fosa abierta.

El orujo de Marcel dio ciento seis litros de aguardiente de cincuenta grados, lo que significaba que tenía que pagar por ochenta y seis litros la suma de doscientos seis mil cuatrocientos francos viejos: la mitad del precio de una yegua de cuatro años.

En el camino de vuelta, el viento agolpaba la nieve contra sus ojos y los de Gui-Gui. Más tarde diría que según conducía el carro, había intentado encontrar alguna explicación, pero todas se le escapaban. Lo único que veía era su próxima acción, cada vez más cercana, más real.

Desenganchó a Gui-Gui y lo condujo al establo. El pesebre del caballo, la gran mesa de la cocina, la alacena, alta hasta el techo, en donde se guardaba la botella de aguardiente, la puerta de la bodega (pues la botella estaba vacía y hubo de ir a rellenarla), el armario del dormitorio de donde sacó la escopeta, la cama en la que se sentó para cambiarse de botas, todas aquellas cosas de madera, tan sólidas al tacto, pulidas por el uso, protegidas de la nieve, depositadas en la casa antes de que él naciera, construidas con los árboles de ese mismo bosque que ahora, al otro lado de la ventana, no era más que una inmensa mancha negra detrás de la cortina de nieve, le recordaron, con una intensidad que nunca había experimentado antes, a todos los muertos que constituían su familia y que habían vivido y trabajado en la misma granja. Se sirvió un vaso de aguardiente. Volvió a sentir los pies. Sus antepasados estaban con él en aquella casa.

A mediodía se instaló a un lado de la carretera que bajaba desde el caserío, en donde los aguardenteros seguían con su tarea. Se había cambiado la chaqueta de cuero y llevaba un abrigo y una gorra. Esperó media hora. Para el ministerio fiscal, esta media hora fue la prueba de que había sido un acto premeditado.

Al fin asomó un coche por detrás de la curva; avanzaba con precaución. De pie en el medio de la carretera, con la escopeta escondida bajo el abrigo, Marcel agitó los brazos. El coche se detuvo.

El inspector jefe bajó la ventanilla cubierta de nieve.

¿Qué pasa?, preguntó.

Marcel destapó los cañones de la escopeta.

¡Un buen año para las manzanas!, dijo.

Los limpiaparabrisas se pararon. Solo se oía el ralentí del motor.

Deme la llave. Gracias. Ahora dígle a su compañero que se baje y se ponga junto a los faros. Dígle que cierre la puerta. Bien. Espere un momento. Veamos. Él y yo nos montaremos detrás. Y usted nos llevará a donde yo le diga.

Este atraco a mano armada en medio de la nieve, dijo el inspector jefe al ser interrogado por el fiscal, fue tan espantoso como un encuentro con el Yeti.

El juez preguntó quién era el Yeti. El Yeti es un monstruo antropoide que vive en los Himalayas.

Pasados unos minutos, Marcel le dijo al inspector que detuviera el coche. Las ramas de los pinos se doblaban bajo el peso de la nieve, y al lado izquierdo de la carretera había una escarpada pendiente.

Desde aquí iremos a pie, dijo. Deme la llave. Espere un momento. Veamos. Sí, deje abierta la puerta de delante.

Tomaron un sendero que descendía por la pendiente. Solo Marcel sabía adónde

conducía aquel camino. Con la nieve hasta la cintura, sus dos prisioneros apenas podían andar; se cayeron y perdieron los guantes. A decir verdad, testificó el más joven, la idea de caer por aquella escarpadura no me preocupaba, pues estaba convencido de que nos estaba llevando al lugar de nuestra ejecución.

Al pie del camino había habido en tiempos una granja. Había ardido, y solo quedaba en pie un granero de madera no más grande que el compartimento de un caballo en una cuadra.

Marcel alargó una llave grande, larga como un martillo, al inspector jefe.

Ahora la puerta de abajo.

La puerta les llegaba a la altura del pecho. Los inspectores tuvieron que encorvarse para entrar. No había ventanas. El suelo era de piedra, y los muros de madera tenían el mismo grosor de la puerta. Los graneros se construían con la idea de que sirvieran a modo de «cámaras acorazadas».

¿Qué va a hacer?, preguntó el inspector jefe.

Ahora, por fin, había dejado de hablar para una autoridad ausente. Se dirigía directamente al hombre sentado en el umbral con una escopeta en las manos.

Voy a cerrar la puerta por fuera con la llave.

No puede hacer eso. Nos moriremos de frío.

Marcel movió la cabeza.

Tenemos las ropas mojadas.

Se secarán.

No hay ventanas. Moriremos asfixiados.

La silueta en la puerta volvió a mover la cabeza.

No hay luz.

No. No hay luz.

¡Mandarán a un equipo de salvamento a buscarnos!

Todavía no.

Le digo que si nos abandona aquí, moriremos congelados.

Les dejo una botella de *gnôle*. Marcel puso la botella de pie en el suelo.

¿Por cuánto tiempo?, preguntó el jefe.

Sin dar una respuesta, Marcel se levantó, salió a la nieve y cerró la puerta con llave. Los inspectores, que pertenecían a la Sección Especial para la Investigación del Fraude del Ministerio de Hacienda, golpearon el techo con los puños.

Cuando llegó al lugar en donde habían dejado el automóvil, Marcel vaciló. Intentó empujarlo hasta el borde del precipicio. Sus botas resbalaban en la nieve. Las nociones que tenía sobre su funcionamiento le bastaron para poder conducirlo unos diez metros. Estaba en lo cierto cuando decía que no le hubiera llevado mucho tiempo aprender a conducir el tractor. Salió del coche con precaución. Esta vez, apenas tuvo que empujar. El automóvil se deslizó y cayó por la pendiente de pizarra. Volcó al chocar contra un pino y siguió rodando. Finalmente se detuvo sobre un lateral, y la nieve empezó a cubrirlo.

¿Sigue allí el coche?, le preguntó a Nicole una vez que fue a visitarlo a la cárcel de B...

Antes de que cayera la noche volvió al granero. Olía a aguardiente. Los prisioneros dijeron que habían tropezado contra la botella en la oscuridad. Marcel sospechó que se habían bebido la mayor parte, y que luego la habían roto a propósito con la intención de utilizarla como arma o como instrumento cortante. La mano del más joven estaba manchada de sangre.

Empleamos el aguardiente como antiséptico, dijo Marcel. También lo utilizamos para conservar las frutas y las hierbas, de modo que siempre podamos tener algo especial que ofrecer a nuestros huéspedes.

Nuestras familias habrán notificado nuestra desaparición a la policía, amenazó el inspector.

También lo usamos, continuó Marcel, para aliviar el dolor de los animales.

El jefe se había quitado el gorro escocés y lo utilizaba ahora de manguito para las manos, que no dejaba de girar conforme iba y venía de un lado al otro del granero. Solo podía dar dos breves zancadas en cada dirección.

Secuestrar a dos funcionarios del estado durante el cumplimiento de sus funciones, dijo el inspector jefe sin parar de dar vueltas, es un acto de traición. Será juzgado y sentenciado. No se confunda. ¡Ya nos estarán buscando!

Marcel estaba sentado en el umbral con la escopeta sobre las rodillas estudiando a sus prisioneros.

No podrá escapar, dijo el inspector jefe. El peso que daba a cada una de sus palabras, antes de bajar el tono para continuar con la siguiente, sugería que estaba borracho.

Marcel se lo quedó mirando pensativo.

De repente el inspector jefe se paró en seco y se arrodilló en el suelo.

Escucha, amigo, escucha atentamente lo que voy a decirte. Libéranos. Llévanos al coche. Tendré que hacer un informe sobre lo que ha pasado, pero diré que fue todo una broma. No hay nada más serio que una broma. Llamémoslo así. ¿Quedamos en que no ha sido más que una broma?

El inspector jefe alargó la mano para sellar el trato.

Les he traído pan, agua, dos mantas, cerillas y una vela, dijo Marcel. La vela no durará toda la noche, así que más les vale no desperdiciarla.

El inspector jefe estaba de pie y volvía a dar vueltas. Por última vez, dijo gritando a voz en cuello, le ofrecemos que se tome por un bromista.

Marcel los dejó y escondió la escopeta encima del granero para no tener que llevarla hasta la casa. Estaba helando, y conforme avanzaba siguiendo sus propias huellas y meditando sobre lo que iba a hacer a continuación, la nieve crujía bajo sus botas.

Esa misma noche visitó a su vecino Jean-François. Todo el pueblo sabía ya que Marcel había tenido la mala suerte de que lo pillaran los inspectores. Jean-François se

compadeció de él. Lo pasado, pasado está, dijo Marcel. Nadie sabía todavía que los inspectores habían desaparecido. Marcel fue directamente al motivo de su visita.

Quiero que me prestes seis ovejas.

¿Para qué las quieres?

Para gastar una broma.

¿A quién?

No te lo puedo decir.

¿A mí?

No.

Jean-François se empezó a reír. Si no es a mí, ¿qué es lo que vas a hacer con ellas? Las piensas dejar en algún sitio inesperado para todo el mundo, ¿eh? En donde menos se lo imagine uno. ¿En la iglesia? ¡Señor! ¡Qué ideas se te ocurren! ¿De verdad las vas a llevar a la iglesia?

¡No te lo puedo decir!

¿Por cuánto tiempo las quieres?

Unos días.

Unos días. ¡Pues ya es una broma pesada esa!

Quiero dar una lección...

¡Una lección! Ya veo. ¡Las vas a llevar a la escuela! Las quieres para varias lecciones. ¿Por qué quieres seis? ¿No te bastaría con una?

Necesito seis.

Al día siguiente, Marcel las fue a buscar y las subió al carro. Una escarcha azulada caía sobre los mechones de lana gris de las ovejas, que se protegían hundiendo cada una el hocico en el lomo de la que tenía al lado. Cuando se volvió a mirarlas, solo vio una cabeza alzada con ansiedad. El resto estaban acurrucadas juntas con la cabeza gacha.

Para llegar al granero tuvo que transportar las ovejas de una en una sobre los hombros. En el altillo de los graneros se solían almacenar las frutas en conserva, la miel, la ropa de cama, la lana, el vestido de novia, la colcha de la cuna; abajo se almacenaban los sacos de harina y grano, la mantequilla, el tocino y las garrafas de aguardiente. Los graneros se construían siempre a cierta distancia de la casa, de modo que si esta ardía, se salvaran al menos los alimentos básicos y unos cuantos tesoros familiares.

Marcel abrió la puerta inferior. Olía a orina. Las dos figuras arrimadas al muro opuesto se llevaron las manos a la cara para protegerse de la luz.

Se van a cambiar al piso de arriba, les dijo Marcel.

Mi colega necesita un médico. Tiene mucho dolor de estómago.

Estará mejor arriba. Pongan las manos en la cabeza. ¡Venga! ¡Fuera! Suban por las escaleras de la izquierda.

Los dos prisioneros, que se habían inclinado para pasar por la puertecita inferior, no se molestaron en volver a ponerse derechos y subieron la escalera gateando. El

más joven empujó la puerta y se encontró mirando a los ojos a una oveja.

No hay sitio, murmuró. Está lleno de ovejas.

No les harán daño.

¡Es imposible!, dijo el inspector jefe.

Marcel soltó una palabrota y le empujó con la escopeta.

Encorvados todavía, los hombres entraron, y las ovejas se pusieron a balar.

Hay un montón de paja en aquel rincón, dijo Marcel.

Sus dos prisioneros se sentaron en la paja. La posición sedente los hacía menos parecidos a los animales.

No podremos sobrevivir a otra noche aquí, dijo gravemente el inspector jefe. Nos está sometiendo a una tortura, ¿se da cuenta, no?

Por eso he traído las ovejas. Mi abuela solía decir que dormir en el establo es un ahorro. Era del otro lado de las montañas, en donde no hay bosques y la leña es escasa.

Nos pasamos la noche tiritando, dijo el más joven.

Esta noche las ovejas les darán calor.

Mi colega necesita un médico. Tiene úlcera, y le duele enormemente el estómago.

Hay pan y leche.

¿Qué va a hacer con nosotros?

Cuando estén dispuestos a escucharme, hablaré.

¿Hablar?

Sí. De la justicia.

¡Justicia!, gritó el inspector jefe. Las ovejas volvieron la cabeza y lo miraron con ojos de asombro. ¿Que *usted* va a hablarnos de la justicia? ¡No tardará en tener que huir de ella!

Las ovejas no paraban de moverse buscando una salida y tropezándose continuamente con los muros y las piernas de los dos prisioneros sentados en la bala de paja. Una de ellas levantó la cola para orinar. Marcel, apostado en la escalera exterior, se echó hacia atrás, de forma que desde dentro no se le veía la cabeza. Parecía que los dos hombres ya se hubieran quedado solos con las ovejas, y el hecho de que estaban amontonados con estos animales hacía más patente su aislamiento.

Tiene razón, dijo el inspector mayor. ¿Por qué no hablar?

Marcel oyó la observación, pero no asomó la cabeza.

Dígame, continuó el inspector, ¿cuánto pide por nosotros? Puede que esté pidiendo una cantidad poco realista... en cuyo caso podríamos ayudarle.

Marcel dobló las rodillas y volvió a mirar a sus prisioneros.

Si pide un billón, le puedo decir de antemano que es demasiado. No pagarán eso por nosotros. ¿Está en contacto con nuestras familias o con el Ministerio?

Marcel no dio señales de haber oído la pregunta.

Tenemos derecho a saberlo. ¿Cuánto pide? ¿Es más de cincuenta millones? Yo diría que cincuenta millones es el máximo que se puede esperar que paguen por

funcionarios de nuestra categoría.

Una desesperación, irreversible como el estruendo de una avalancha, inundó a Marcel de repente.

¿Qué más le da que pida demasiado? Hablaba con la boca casi cerrada.

Los dos somos hombres casados con hijos. Estamos preocupados por nuestras familias.

Una vez más pareció que Marcel no había oído.

¿Cuánto pide?, insistió el inspector jefe. Debe comprender que tenemos más experiencia que usted con respecto al valor del dinero.

Marcel clavó los puños en la lana de la oveja que tenía más cerca y habló como si lo hiciera para ella. ¡El valor del dinero!, gritó. ¡El valor del dinero! Las otras tres ovejas levantaron la cabeza hacia la figura que se lamentaba en el umbral y se pusieron a balar. ¡El valor del dinero! ¡El valor del dinero! Tiraba de la lana con fuerza.

Poco a poco sus puños se fueron relajando. Las ovejas se apaciguaron. Miró a sus dos prisioneros y habló.

Están preocupados, dijo. Siento decirles que la preocupación tiene un impuesto. También se paga un impuesto por el dolor y otro más por tiritar. ¡A mil francos el escalofrío! ¿No decían que habían pasado la noche dando diente con diente? Habrían ahorrado dinero si no hubieran pasado frío. Hoy las ovejas les ahorrarán cientos de miles. Pero el de anoche han de pagarlo. ¿Han rellenado ya el impreso para pagar el impuesto por el dolor? Decía que tenía úlcera; eso duele mucho, ¡y cuanto más duele, más alto es el impuesto que se paga!

¡Se ha vuelto loco! El inspector joven agarró al jefe por los hombros y empezó a vapulearlo. Haz algo rápido; ha perdido la cabeza.

El inspector jefe sacó su billetero y lo lanzó por encima de las ovejas en dirección al campesino.

Quedó tirado en el escalón más alto. Marcel puso un pie encima y girándolo sobre sí mismo lo aplastó como quien mata una lagartija. Luego se marchó sin decir una palabra.

No se montó en el carro. Fue caminando al lado de Gui-Gui. Caminar es una manera de pensar. Pasados diez minutos dijo dirigiéndose al caballo:

Termina en derrota porque solo te puedes vengar de aquellos que son como tú. Esos de ahí arriba pertenecen a otro tiempo. Son nuestros prisioneros, y, sin embargo, no hay venganza posible. Nunca sabrán de qué nos vengamos.

A la mañana siguiente, después de que él y Nicole terminaron de ordeñar las vacas, Marcel se quedó solo en el establo, como hacía todos los días, para limpiar y cepillar los animales hasta que las ancas les relucían como la madera de nogal pulida. Luego enganchó a Gui-Gui al carro y volvió al granero.

Los prisioneros no hicieron intento alguno de salir, cuando él, cogiendo una de las ovejas y echándosela sobre los hombros, se marchó sin cerrar la puerta.

¿Por qué no se van?

Tienes una escopeta.

Los estoy liberando.

¿Por qué?, preguntó el inspector jefe con desconfianza.

Eso no tienen por qué saberlo.

Con la espalda encorvada, los dos hombres salieron por la puertecita y se llevaron las manos a la frente, formando una visera, para protegerse los ojos del resplandor del sol sobre la nieve. Tenían las ropas sucias. Sus caras estaban llenas de arrugas y sin afeitar. Se quedaron parados, indecisos sobre qué hacer a continuación.

Aquella tarde, cuando la policía esposó a Marcel, el cielo estaba despejado; el azul se extendía allende las montañas más lejanas. La nieve en las cumbres parecía tan inocente con respecto al pasado como un bebé al despertar.

Le acusaron de rebeldía contra el estado, atraco a mano armada y destrucción premeditada de propiedades públicas. Cumplió dos meses de prisión preventiva y en el juicio fue sentenciado a dos años de cárcel.

En la cárcel de B..., se miraba las manos, que reposaban torpes y ociosas sobre su regazo. Lo que me han quitado, se decía, es la costumbre de trabajar. Nunca volveré a ser capaz de cargar trece carretadas y subirlas guiando a Gui-Gui hasta el último bancal.

Fuente:

Título original: Puerca tierra

John Berger, 1979

Traducción: Pilar Vázquez

Editor digital: Bookanero

www.lectulandia.com

Fruitondoan 2026

Jarduera osagarriak

Actividades complementarias

Katxolako saga uzta - Cosecha de
manzanas de Katxola

Urriak 3 Octubre

10:30

Katxola baserria (Paraiso kalea 22)

Sagar kontuak, irakurketa partekatua

Cosas de manzanas, lectura
compartida

Azaroak 19 Noviembre

18:00

Katxola baserria (Paraiso kalea 22)

Sagarrondoak kimatzeko tailerra

Taller poda de manzanos

Data zehazteke - Fecha a
concretrar

